

CULTURA HISPANO-AMERICANA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTE NOMBRE

Año I

Junio 1912

Núm. 2

HONRANDO AL MAESTRO

El Centro de Cultura Hispano-Americana y Menéndez y Pelayo

Á los pocos días de fallecer en la capital montañesa el glorioso polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, daba una notable conferencia referente á él, organizada por el Centro de Cultura Hispano-Americana, el culto escritor D. Andrés González Blanco.

Días después, el 21 del actual, y deseando honrar ampliamente la memoria del maestro, por lo menos con arreglo á los medios del Centro, organizó éste una brillante y solemne sesión, que tuvo efecto en el salón de actos de la Unión Ibero-Americana. En ella se leyeron varios trabajos de nuestros compañeros los señores D.^a Blanca de los Ríos, vicepresidente del Centro, Rodríguez Marín, el distinguido diplomático D. Antonio de Zayas y D. José Rogerio Sánchez, trabajos que promovieron grandes manifestaciones de entusiasmo por parte del numeroso y distinguido auditorio que llenaba por completo el salón de actos; y además se dió lectura de las «Advertencias generales» que don Marcelino puso al frente de su obra intitulada *Antología de poetas hispano-americanos*.

Algunos de tales trabajos van á continuación de estas líneas y en el orden en que fueron leídos, constituyendo la mayor parte de este número de CULTURA HISPANO-AMERI-

CANA, cuyas páginas, así como el Centro de que es órgano, se honran sobremanera honrando al gran Menéndez y Pelayo.

Por falta de tiempo, D. Lorenzo Mangas, Secretario del Centro, no pudo dar á conocer unas interesantes cuartillas de carácter anecdótico, referentes á D. Marcelino, y que, todavía inéditas, dejarán de serlo cualquier día al aparecer en esta publicación, seguramente con sumo agrado de sus lectores.

Nuestro Presidente, D. Luis Palomo, dió fin á la sesión pronunciando unas palabras tan elocuentes como sentidas, que, y con las cuales, á más de dar por terminado el acto, dió también por finalizado el curso de conferencias del Centro correspondientes á la primera etapa del año actual.

Menéndez y Pelayo como críticohispano-americano.

(Conferencia leída en el Centro de Cultura Hispano-Americana
la tarde del viernes 24 de Mayo de 1912.)

SEÑORAS Y SEÑORES:

Como crítico, Menéndez Pelayo es acaso menos conocido aún que como polemista é historiador. Sin embargo, deja bagaje sólido de obras fundamentales y de tratados menores. Mas como en España no se leen—y cada día menos—sino los libros minúsculos, y aterra—acaso por efectos del *dolce far niente*, que el sol y el clima infiltran, como en Italia—sólo la vista de un volumen de trescientas páginas; como se ha inventado el consolador sofisma de la intensidad de la vida moderna, y del poco tiempo que se puede perder, y de la prisa con que se anda en todo—y para lo único que no se anda aprisa es para... perder el tiempo—, resulta que las obras de Menéndez Pelayo apenas han sido leídas por media docena de españoles.

Se le conoce de referencias, de charlas de café; se habla de él como de un hombre *bien*, como se habla del *Bomba* ó del *Gallito*; todos ellos honran á la Patria: el uno, con sus faenas de muleta ó con sus estocadas; el otro, con sus recortes al brazo y sus verónicas; Menéndez Pelayo, con sus libros. Pero mientras al uno se le pagan pingües pesetas, y el ciudadano que se tiene por español contribuye con su presencia y con su dinero al esplendor

de la fiesta, al otro no se le compran libros, y, si se le compran, no se le leen...

¡Son tan pesados, tan largos, tan farragosos! ¡Hay tan poco tiempo que perder! Éste es el razonamiento tácito ó manifiesto de muchos que luego pierden su tiempo en las mayores fruslerías y bobadas del mundo, como en jugar al billar, en ver pasar las mujeres desde el café, en hablar de toros, en hacer visitas inútiles, pretextos todos para matar el tiempo, *jese monstruo!*, como decía Baudelaire.

Y resulta que libros y libros enteros y verdaderos de Menéndez Pelayo apenas han sido hojeados por los que ahora, si es caso, muerto el gran maestro, le dedican lágrimas de cocodrilo y obsequios ficticios de plañideras asalariadas.

Tales y cuales aprovechados mancebos de la política y de la sociología, que jamás leyeron una página suya «porque no la resistían», según confesión ingenua, en días mejores, cuando vivía el maestro y no había que tramar la farsa de los elogios fúnebres, ahora se hacen lenguas de su saber y de su amenidad, y juran, por Jesús, que les divertía más una página de *Los heterodoxos españoles* que cuatro novelas juntas de Jorge Ohnet.

No importa que no se le haya leído para que valga él lo que vale; una de las características del mérito literario es que se labra á espaldas de los contemporáneos; pero ¿quién duda que debieran moderar sus voces elegíacas aquellos varones que ahora lanzan tan intempestivos y engolados sollozos de dolor?

Hay, sin embargo, un Menéndez Pelayo que se conoce más; es el Menéndez Pelayo ortodoxo y hasta fanático, el Menéndez Pelayo que representaba la intransigencia de la extrema derecha, que, como su calificación indica, aunque tienda hacia muy rectos fines, es siempre extremosa. Y este Menéndez y Pelayo era más conocido y aún más apreciado por los de uno y otro bando, porque bordeaba los linderos de la política, saliéndose del desapasionamiento

frío del historiador; porque despertaba enconos y querellas, atizaba hogueras apagadas, evocaba sombrías epopeyas de las guerras civiles y melancólicos dramas de la Inquisición.

Pero el Menéndez y Pelayo sereno y grave historiador, con esa seriedad que comunica Polimnia á sus fieles enamorados; el Menéndez Pelayo, crítico en quien hablaba el espíritu curioso y metafísico de los eruditos del Renacimiento; el Menéndez y Pelayo que acometía la magna empresa de la *Historia de las ideas estéticas en España*, era bien poco estimado aún por el vulgo intelectual, por esa clase baja de la cultura que tanto enfadaba á Renán, hasta el punto de hacerle preferir el *analfabetismo*.

Y este Menéndez Pelayo es el que más vale y el que más representa en la historia de la cultura española. Más que como historiador y como polemista, pasa á la posteridad como estético y como informador literario. Más que la *Ciencia española* vale el *Horacio en España*; más que *La Historia de los heterodoxos españoles* valen los *Estudios de crítica literaria*.

Porque esto es lo que muchos ignoran ó aparentan ignorar: que Menéndez Pelayo, á más de un polemista y de un historiador, fué un admirable crítico literario, lo que se llama un verdadero crítico, sin distingos, atenuaciones ni reservas mentales; un crítico con mayor capacidad metafísica y más segura comprensión histórica que Sainte-Beuve en Francia, y con la cultura de un De Sanctis en Italia.

Mas he aquí que volvemos á lo de antes: á los libros de Menéndez Pelayo les perjudicó el tamaño. Nadie quiere tomarse la molestia de abrir estos libros tan voluminosos en que se habla de cuestiones de Arte, para muchos enfadosas y para otros estériles.

Se desconoce casi toda la formidable labor de crítica literaria que deja Menéndez Pelayo. ¿Quién ha leído con calma los prólogos tan luminosos de la *Antología de poetas*

líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días? ¿Quién se ha empapado bien, como es menester empaparse, de aquellos mágicos conceptos que vierte en los *Estudios de crítica literaria?*...

¿Y quién, por último, sabe siquiera que ha escrito cuatro maravillosas introducciones á los cuatro volúmenes de la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española?... (1) Muy pocos españoles, sin duda, son los que han leído estos cuatro admirables estudios, que constituyen la más completa, es decir, la única historia de la poesía americana que pueden estudiar los españoles.

Durante el período colonial, ningún escritor español se preocupó de hacer la historia de la cultura de aquellas comarcas; se menospreciaba esa faena como indigna de los ingenios de la Metrópoli; parecía una empresa regional, local, demasiado chica, una empresa propia de un archivero ó de un cronista de allá, de alguien que estuviese directamente interesado en los asuntos coloniales. Pero ¿de un crítico español!... ¿Qué crítico español se dignaría de preocuparse ó conceder una mirada de atención á un poeta de Tegucigalpa ó de Mérida de Yucatán? Cada crítico se decía para sus adentros:

¡Qué un hombre de mi linaje
descienda á tan ruin mansión!

¡Si acaso se hacía era para tomarlos en broma, como D. Antonio Valbuena en sus *Ripios ultramarinos*, libro donde la incomprensión del don poético llega á las cumbres de lo grotesco, y donde si la recta intención no salvase las notas demasiado agresivas, habría bastante para poner á un crítico en la picota de los malvados!... Los dómnes

(1) Estas introducciones han de constituir en la colección de las *Obras completas de Menéndez Pelayo* los volúmenes de la *Historia de la poesía hispano-americana desde sus orígenes hasta 1892*, el primero de los cuales se ha publicado algún día después de pronunciada esta conferencia.

son unos buenos y píos varones, de cierto; unos varones animados de ese noble ardor de corregir á la Humanidad, de que han hecho gala también los poetas satíricos que presumían de moralistas; pero indudablemente su vehemencia, su *trop de zele*, les arrastra á ciertos excesos... De buena gana despellejarían á todos los malos poetas que encontrasen á mano, sin tener en cuenta que si Apolo dió el ejemplo, Marsias no hubo más que uno, y Apolo nada más, también, que uno, ¡y era el dios de la Poesía!... De muchos críticos satíricos podría decirse, con la pintoresca imagen de Juan Pablo Richter, que se creen onocentauros y en medio del desierto predicán sermones de capuchino contra la locura de los hipocentauros que les rodean. ¡Cuánto más sensatos aquellos que se ríen de todo, de los hipocentauros y de ellos mismos!

Pero así es la idiosincrasia del crítico satírico, que no puede eludir un escritor que nace con ella. D. Antonio de Valbuena, mejor que estudiar á los poetas de América, quiso vapulearles y zaherirles; antes que comprenderlos, prefirió tundirles la badana. Algunas veces, ¡diré más!, casi todas tiene razón, ¿quién lo duda?; pero no nos hace olvidar, aún entonces, que es injusto... cuando no la tiene.

También con Menéndez Pelayo fué injusto Valbuena. Pero se le puede perdonar menos que lo haya sido con poetas de Ultramar que con un contemporáneo y compatriota suyo, con quien estaba en continuo contacto y de quien podía separarle alguna repulsión ó enemistad personalísima.

El *castigat ridendo mores* podrá ser el fundamento de la sátira, pero no lo es de la crítica satírica. La crítica satírica no es serenamente risueña y burlona, sino que tiene gestos de hostilidad y de aversión. Cuando Antonio de Valbuena, en sus *Ripios ultramarinos*, fustiga á los poetas de América, da la sensación de que no los considera como hermanos en raza, sino como habitantes de otro planeta. Y cuando en los *Ripios académicos* trata con irreverencia á

Menéndez Pelayo, hace pensar que no ha podido alcanzar la belleza de algunas de sus obras. Y un crítico satírico no puede estar exento de pragmáticas morales y de obedecer las leyes éticas, que ordenan no hacer á otro lo que no quisiéramos que hiciesen con nosotros mismos. Cuando un Zoilo se ensaña con un poeta, ¿está conforme con que otro crítico proporcione al poeta el desquite, ensañándose con Zoilo? Seguramente, no. Pues ¿acaso hay algún privilegio legal que le exima á él de ese tributo? La moralidad más estricta ha de ser su guía, y no tiene derecho á abandonarla ni un momento. Sólo al artista creador se le puede permitir — provisional y transitoriamente — que contravenga á los preceptos de la moral universal, siguiendo la teoría sustentada por el Papa Paulo III en aquella frase que le hizo pasar á la posteridad. Mostrábanle un día los defectos y vicios de su protegido, el magnífico orfebre Benvenuto Cellini, y el Pontífice contestó muy ingeniosamente y dando muestras de su noble y amplio espíritu: «Los hombres únicos en su arte, como Benvenuto Cellini, no deben estar sometidos á las leyes..., y él menos que otro.» (1). Comparable con esta anécdota es la frase de León XIII, frase de suave y paternal reproche á Campoamor, cuando éste dijo en una humorada que, si él fuera Papa, suprimiría el infierno...

III

La *Antología de poetas hispano-americanos* que se publicó en el año de 1893, por encargo y á expensas de la Real Academia Española, es un testimonio del entusiasmo americanista de Menéndez Pelayo. Son cuatro magníficas introducciones al estudio de la historia del lirismo en América, país criollo y lujuriente, donde la exuberancia forestal corre parejas con la exuberancia poética.

(1) Léase á Emilio Gähbart: *Sandro Botticelli*, p. 9; 1907.

Pasada la emancipación de la Metrópoli, colaborando en la cual se encontraron artistas y aventureros, ya pareció más razonable en España preocuparse de aquellas tierras de sol, que algún vigor poético habían de tener cuando tenían el suficiente vigor político para sacudir el yugo más ó menos suave—*jugum meum suave est et onus meum leve*—de la Madre Patria. Se les concedía la atención que se concede á los hijos mayores de edad que se emancipan de la casa paterna y saben vivir y medrar por cuenta propia. ¡Con que no eran tan insignificantes y menudos, nos dijimos, cuando han sabido emanciparse! Y entonces fué llegada la ocasión de estudiar su flora poética, como habíamos estudiado antes la flora natural. Antes eran infantes de menor cuantía; ahora ya se tornaban hombres de empuje, que vivían con vida independiente. Antes eran simples poetas regionales, con la importancia que ahora podían tener los poetas extremeños ó los poetas alicantinos que más descollasen; ahora constituían rancho aparte y podían ser poetas universales y codearse con los líricos más preeminentes del mundo entero...

Menéndez Pelayo fué el primero en alentar estas corrientes de simpatía hacia las antiguas dependencias de la madre Patria. Y las fomentó bien ardorosamente, como debe fomentarlas un buen escritor, con buenos libros. La conmemoración del descubrimiento de América en 1892, fué la ocasión propicia para pensar en estas aproximaciones de la antigua Metrópoli á las antiguas Colonias. «Ocasión bien adecuada para estrechar estos lazos de origen y de común idioma—dice el ilustre polígrafo—nos ofrece hoy la solemne conmemoración de aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento, merced al cual nuestra lengua llegó á sonar prepotente desde las orillas del Bravo hasta la región del Fuego. La Academia Española, que inició antes que otra Corporación alguna (lícito es decirlo sin vanagloria) la aproximación intelectual de España y de las Repúblicas de la América española, cuando, mal apagados

todavía los mutuos rencores, herencia triste de larga y enearnizada guerra, parecía para muchos sospechosa aun esta inofensiva comunicación de las artes del espíritu, no puede hoy menos de regocijarse con el resultado de la obra que modestamente comenzaron en su recinto algunos americanos y españoles de buena voluntad, ligados por el respeto común á la integridad de la lengua patria y por el respeto común de unas mismas tradiciones literarias, que para todos deben ser familiares y gloriosas. Hoy, que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino que la Providencia reserve á cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas.» (1)

Con qué ahinco dedicó á esta empresa varios años de su vida, bien claramente lo manifiestan aquellos cuatro volúmenes nutridos de lectura y cuidadosamente seleccionados. Que la obra es incompleta nadie lo duda, pues habiendo marcado como límite de sus averiguaciones el año 1892, forzosamente había de eliminar á los contemporáneos, que—entre paréntesis—siempre evitó, excepto en la *Historia de los heterodoxos españoles*, acaso por tener entonces la sangre moza y bullidora, hirviéndole dentro del pecho y con ansias de escapar á borbotones. La juventud es de suyo vehemente, y cuando la vehemencia no ha tenido otros desagües juveniles, como no los tuvo en Menéndez y Pelayo, es forzoso que se manifieste en cualquier forma, aunque sea en la forma acendrada y pulcra del libro. Los jóvenes que no *la han corrido* suelen ser fogo-

(1) *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española, tomo I; Introducción, I, IV y V,

sos libelistas y llevan á la serenidad de la ciencia ó á la augusta majestad del arte sus bríos, sus premáticas, su voluntad ardorosa, y se hacen críticos satíricos y acerbos, á ratos, injustos, como *Clarín*, ó historiadores apasionados, como Menéndez Pelayo, que no son capaces de escribir como aconsejaba Tácito: *sine ira et studio...* más que en la segunda parte del consejo. No son capaces de escribir sin ira, aunque escriban con estudio.

Clarín y Menéndez Pelayo, que fueron condiscípulos (no lo olvidemos) en el doctorado de Filosofía y Letras, aquí en Madrid, y que se estimaban mucho mutuamente (*Clarín* sentía por su ex condiscípulo una adoración y un respeto poco comunes en él), fueron, al modo de Renan, dos jóvenes que no hicieron vida de jóvenes. De ahí acaso esa sincera melancolía que sintieron ancianos, la misma que sintió Renan al escribir *L'Abesse de Jouarre...*

Pues, como íbamos diciendo, Menéndez Pelayo, obediendo á un criterio más bien que suyo propio, acaso impuesto por la Academia, no seleccionó en la *Antología de poetas hispano-americanos* todo lo que debiera seleccionar, disculpándose con que la Academia «ha creído conveniente encerrar la colección en límites muy estrechos, dando entrada únicamente á lo más selecto, sin guiarse en esta selección por ningún criterio de escuela ó secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne, que, salvo extravíos pasajeros, canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo...»

A pesar de este alegato del maestro, adviértense en la *Antología* frecuentes lagunas que acaso serán colmadas el día en que se reimprima este trabajo, ya anunciado entre las OBRAS COMPLETAS, y á juzgar por el título que ha de llevar, más ampliado y ensanchado, hasta el punto de formar una verdadera *Historia de la poesía hispano-americana desde sus orígenes hasta 1892*.

Bien está que, guiado por un criterio de escuela, pese

á sus previos avisos en contra, excluyera á los poetas conceptuados como decadentes y novísimos y tachados con el sambenito de modernistas; pero ¿caso en 1892 eran revolucionarios poéticos Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón en México, Rubén Darío en Nicaragua, Julián del Casal en Cuba?...

Indudablemente, no lo eran; porque en ese año el modernismo aún no había ejercido su influencia, deletérea ó salutífera, como quiera juzgarse. No es completa en número, sin duda alguna, esta *Antología*; pero esto admite una franca disculpa si nos atenemos al método histórico puesto en vigor por Taine en su *Historia de la literatura inglesa*; método que sacrifica á las individualidades preeminentes y descollantes, á los *divi summi*, á los hombres *representativos*, como ahora se dice, los dioses menores y semi-dioses de las Bellas Letras...

De todos modos, incompleta ó no en enumeraciones largas y sin duelo de poetas y más poetas, la *Antología de poetas hispano-americanos* es completísima en cuanto al caudal de observaciones críticas que encierra y á los datos históricos que aporta. Nada más completo en lengua castellana que aquel magnífico estudio del volumen primero acerca de Sor Juana Inés de la Cruz, sino es estotro libro, lleno de unción y de piedad admirativas, rico de doctrina estética y de atisbos líricos, pródigo en datos tanto como en exaltaciones, que el pasado año tuvo la galanura de lanzar al público, para conmemorar la independencia de su patria, un gentil poeta de estos tiempos, compatriota de Sor Juana: D. Amado Nervo. De este volumen, que, con el título de *Juana de Asbaje*, ha sido aquí menos leído de lo que fuera menester, se dice la alabanza suprema con decir que, después del magistral estudio de Menéndez Pelayo, aún nos orienta críticamente y nos revela rincones nuevos del alma lírica de aquella maravillosa monja de México, prez y gloria del sexo femenino, junto con nuestra Santa Teresa de Jesús... Es curioso que las dos inmen-

sas poetisas universales hayan vivido encerradas en un claustro; ¿acaso es complemento indispensable á la mujer ser monja para sentir más hondamente?... Nadie podría decir la última palabra sobre esto sin manifiesta profanación ó desconocimiento del don poético. Más que un hombre como yo, que no he podido aún—ni Dios lo haga—renovar el milagro del adivino Tiresias de encarnar en un cuerpo femenino después de haber sido hombre en una vida anterior, podría hablarnos de este misterio del alumbramiento poético una mujer que fuese á la vez artista y crítica, inspirada poetisa y conocedora de todos los secretos de la Historia literaria, como nuestra Doña Blanca de los Ríos, tan apreciada por el maestro que hoy lloramos, que puso un gentil prólogo al frente de su volumen crítico *Siglo de oro*...

Lo evidente es que, si recordamos las mejores poetisas del mundo, todas han sido, si no monjas (1) como las dos principales, por lo menos, unas solitarias y unas incomprendidas. Safo, acabando por arrojar desde la peña de Leúcade; Marcelina Desbordes Valmore, viviendo enamorada de un imposible; Eugenia de Guérin, abandonada en un rincón de Francia; Isabel Browning, la romántica inglesita, tan fuera de la vida real como lo atestiguan sus *Sonetos portugueses*; sería inútil seguir enumerando... Pero no podríamos olvidar, sin manifiesta injusticia, á Sor Violante de Ceo, la monja portuguesa, que, según la autoridad de Menéndez Pelayo, en talento poético iguala y quizá aventaja á Sor Juana Inés de la Cruz, aunque no haya pulido tanto su entendimiento con la universal curiosidad científica que distinguió á la monja de México...

La melancólica advertencia de Hamlet, queriendo acrecentar el caudal sensitivo de Ofelia, viene siempre á nues-

(1) Entré nuestras compatriotas, no hay que olvidar á G egoria Francisca Parra y Quiroga (1653-1735), en el claustro Sor Francisca de Santa Teresa, á quien Méndez Bejarano repita, con evidente exageración regionalista, como la primera de nuestras poetisas místicas.

tra memoria... ¿Acaso quiso hacerla poetisa cuando la ordenó que entrara en un convento de clausura?... ¡Vete á un convento—le decía—; vete á un convento!... (*Get the to a nunnery*)... Y vuelve á repetir con lánguido ritornello la frase: *To a nunnery go... To a nunnery go...*

IV

Que la labor de Menéndez Pelayo en pro de la poesía americana fué emprendida con entusiasmo y ardor, lo demuestra una afirmación de su discípulo predilecto, don Adolfo Bonilla y San Martín. El ilustre historiador de la filosofía española, en una *interview* celebrada estos días con un distinguido periodista, aseveró que muchas veces había oído lamentarse á su maestro de que su *Historia de la poesía en América* fuese poco conocida y apreciada por el público español... En efecto, acaso la obra que menos se conoce de Menéndez Pelayo, aún de oídas—que de leídas, bien pocas son familiares al gran público—es esta *Antología de poetas hispano-americanos*, que luego había de convertirse en *Historia de la poesía en América desde sus orígenes hasta 1892*.

Ni es sólo la poesía en América lo que le tienta como objeto de estudio; es también la poesía en España: aun los mismos contemporáneos, que siempre procuró esquivar. Es, además, la novela naturalista, que tanto repelía, y sobre la cual ha dicho á veces cosas tan feroces, y á veces cosas tan justas. Pero su última palabra sobre el arte contemporáneo, la ha escrito en su estudio sobre Pereda, compuesto en edad muy moza y donde tiene ya atisbos de gran crítico (1). «¿Quién sabe—se pregunta—si dentro de cin-

(1) Al reimprimirlo en sus *Estudios de crítica literaria* (5.ª serie, páginas 353 *et passim*; Madrid, 1908), hace notar: «El presente trabajo, escrito hace más de veinte años para servir de prólogo á las *Obras completas de Pereda*, adolece de incorrección y ligereza juvenil, pero no he querido refandirlo, para no quitarle su primitiva espontaneidad, úni-

cuenta años todas estas discusiones de naturalismo y de realismo parecerán tan anticuadas é impertinentes como la antigua cuestión de clásicos y románticos? ¿Quién sabe si entonces sus mismos admiradores de hoy se acordarán de Zola ni de los Goncourt, y, si se acuerdan, si no dejarán de convenir con nosotros en que tales autores y tales libros, como todo lo que es exagerado, monstruoso, violento, compraron, á costa de las esperanzas de la inmortalidad, la boga pasajera del escándalo?» Y muy regocijadamente, al reimprimir el prólogo á las *Obras completas de Pereda*, añade en nota (1): «Muchos menos (de cincuenta años) han bastado para que esta tímida profecía se cumpliese en todas sus partes. Permítaseme la vanidad de consignarlo y la interna satisfacción de haber resistido á una corriente de mal gusto, cuando casi todos se dejaban arrastrar por ella.»

Es verdad: lo interesante de la posición de Menéndez Pelayo, como crítico, es *la belleza del gesto*. Se trata de adoptar frente á las corrientes naturalistas una actitud de gran señor ofendido, de aristócrata ultrajado en su buen gusto. He aquí el problema. Las frases que emplea Menéndez Pelayo al hablar de la novela naturalista son casi las mismas que emplea D. Juan Valera. «¡Como si en el mundo no existieran ni hubieran existido más artes que el drama *burgués* y la novela de costumbres dramáticas y prosaicas, y como si no vivieran en el alma humana (pese á quien pese) mil anhelos de belleza ideal, hambrientos é insaciables, que jamás encontrarán su satisfacción en la pintura, por muy perfecta que la supongamos, de un lavadero, de una taberna ó de un mercado? ¿Qué estética es esa dentro de la cual no son posibles ni Fidias, ni Sófocles,

co mérito que puse tener. En otra ocasión, quizá no lejana, procuraré rendir más digno tributo á la memoria del gran novelista montañés, con quien me unió tan cordil afecto.»

(1) *Estudios de crítica literaria*, 5.ª serie, pág. 379.

ni Dante? ¡Sobre qué cabezas van á parar los anatemas anti-idealistas!» (1)

Es absolutamente la misma gallarda actitud de D. Juan Valera, antinaturalista por *bon ton*. Así, este empecatado D. Juan, por disculpar todo lo que es correcto y *chic*, disculpa aún al mismo Próspero Merimée, que le parece naturalista, pero «fino, correcto y bien criado». «Él mismo se burlaba de su manía de pintar todo lo horrible, citando al mascarilla de Molière, quien también, para seguir la moda de su tiempo, se empleaba en poner toda la historia romana en madrigales» (2).

No hay duda que con esto quería disculparse á sí mismo, que á veces se *excedió* en la pintura de las anomalías morales—y bastará recordar *Doña Luz* y *El Comendador Mendoza*—; pero siempre conservando «la belleza del gesto». En este sentido, Menéndez Pelayo es más *honrado*, literariamente hablando: no quiere conservar del naturalismo ni un ápice y no disculpa á los correctos ni á los incorrectos. A lo más, se limita á observar si no entrará por mucho el afán de seguir la moda y el deseo de singularizarse en la defensa del naturalismo. «¿Quién sabe si en las apologías que han hecho de tan pobre doctrina ingenios españoles, muy dignos de profesar otra más elevada, no ha entrado por mucho el anhelo de la singularidad, el odio á los lugares comunes y á las opiniones recibidas?»

¡Con qué alegría testificaba la derrota del naturalismo en la contestación—maravilloso modelo de lenguaje, de crítica y de nobleza personal—al discurso de entrada de Galdós en la Academia Española en 5 de Febrero de 1897! (3). «Hoy, todo aquel estrépito ha pasado con la rapidez con que pasan todos los entusiasmos ficticios. Muchos

(1) *Estudios de crítica literaria*, 5.ª serie, pág. 377.

(2) *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, V. pág. 128. (*Obras completas*, tomo XXVI.)

(3) Reimpreso en los *Estudios de crítica literaria*, 5.ª serie, p. 85, *et passim*.

de los que bostezaban con la interminable serie de los *Rougon* de *Macquart* y no se atrevían á confesarlo, empiezan ya á calificar de pesadas y brutales aquellas narraciones; de trivial y somera aquella psicología, ó dígase psico-física; de bajo y ruin el concepto mecánico del mundo, que allí se inculca; de pedantesco ó incongruente el aparato pseudo-científico con que se presentan las conclusiones del más vulgar *determinismo*, única ley que en estas novelas rige los actos, ó más bien los apetitos, de la que llaman *bestia humana*, víctima fatal de dolencias hereditarias y de crisis nerviosas, con lo cual, además de decapitarse al ser humano, se aniquila todo el interés dramático de la novela, que sólo puede resultar del conflicto de dos voluntades libres, ó bien de la lucha entre la libertad y la pasión. Había, no obstante, en el movimiento naturalista, que en algunos puntos era una degeneración del romanticismo y en otros un romanticismo vuelto del revés, no sólo cualidades individuales muy poderosas, aunque por lo común mal regidas, sino una protesta, en cierto grado necesaria, contra las quimeras y alucinaciones del idealismo enteco y amanerado; una reintegración de ciertos elementos de la realidad, dignísimos de entrar en la literatura, cuando no pretenden ser exclusivos; y una nueva y más atenta y minuciosa aplicación, no de los cánones científicos del método experimental, como creía disparatadamente el patriarca de la escuela, sino del simple método de observación y experiencia que cualquier escritor de costumbres ha usado; pero que, como todo procedimiento técnico, admite continua rectificación y mejora, porque la técnica es lo único que hay perfectible en arte...»

He dicho.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

MENÉNDEZ Y PELAYO

Requerido el ilustre polígrafo don Francisco Rodríguez Marín, gloria indiscutible de las letras españolas contemporáneas y gran amigo de Menéndez y Pelayo, para que escribiese algunas cuartillas referentes al Maestro el día después de su muerte, dió las que siguen á un periódico de esta capital.

Ellas constituyen por sí solas una semblanza del sabio, y además tienen tal aroma de melancolía, causada por el sentimiento de su pérdida, que solo un hondo y sincero cariño de entrañable amigo es capaz de comunicarlo á unas cuartillas escritas al correr de la pluma.

He las aquí:

«Más estoy para llorar que para escribir.

Quien, como yo, pierde en un momento, de una vez y para siempre, un maestro sapientísimo y tan bondadoso como sabio, y un amigo cariñoso y leal, y un consejero prudente y solícito—que todo esto era para mí D. Marcelino Menéndez y Pelayo—, ¿cómo no he de estar más para llorar que para escribir, aunque temiese que había de sobrevenir en breve plazo este triste acontecimiento, funestísimo para la causa de la cultura nacional?

El insuperado, el insuperable maestro ha muerto como vivió: trabajando. Y ¡qué trabajar tan afanoso en todo el año anterior! Y ¡qué no poder dejarlo, aun viendo cómo progresaba la minadora enfermedad!

Todavía, en 7 del mes corriente, eran eco de las alarmantes noticias que llegaban de Santander estos renglones de una de mis cartas: «Pero aun con toda la expedición que usted tiene para el trabajo, este esfuerzo—aludía al

que representa la preparación del tomo I de sus *Obras completas*—ha sido grande y costoso, y no es para repetido. Todos aquí creemos que el quebranto de la salud de usted se debe muy principalmente á esa enormidad de labor. Una cosa vale siempre más que el pan: el horno en que se cuece; mire usted por él; mire usted por sí, que será mirar por todos, y no se apremie ni se deje apremiar por nadie. Y por mucho que en esto otro perdamos, no se encariñe usted con la idea de ir refundiendo con prolijidad lo que tan bien hizo; que más perderíamos si por ese trabajo agobiador perdiésemos á usted. Por ahora, debe usted trabajar poco, ó mejor dicho, mucho; pero despacio y sin fatigarse.»

¡Veinticuatro horas antes de morir escribía el insigne polígrafo sus últimos renglones para la imprenta! ¡Al pie del cañón muere el buen artillero! ¡Para la cultura general y para el esplendor de la Ciencia española ha vivido hasta la hora de morir el maestro Menéndez y Pelayo!

¡Qué hermosa vida y qué gloriosa muerte!

.....

Juzguen otros de la portentosa labor de Menéndez y Pelayo; que yo ahora, imposibilitado para concertar mis ideas, he de limitarme á relatar algo anecdótico que haga conocer al sabio y al hombre de aquellos que no tuvieron la dicha ni la honra de tratarle.

En España, como en todas partes, no escasean demasiado los sujetos cultos que saben muchas cosas y de muchas cosas, ni tampoco los que conocen bien y profundamente una ciencia ó disciplina en particular; pero en Menéndez y Pelayo, por una prodigiosa disposición de sus facultades, juntábase todo: la extensión y la profundidad del saber, de un saber increíble, inverosímil, presidido y encaminado siempre por un entendimiento tan poderoso, tan eficaz, tan generalmente apto, que lo mismo tenía abarcadora vista de águila para las grandes síntesis, que aguda perspicacia de microscopio para registrar hasta las semini-

mas los pormenores de la materia objeto de su investigación. Y todo esto, servido á maravilla por un auxiliar tan activo como fiel: por una memoria tal, que dudo que haya habido otra mejor en el mundo.

En otra ocasión he referido cómo nos dejaba pasmados el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*, cuando por los años de 1892 á 1898 pasaba en Sevilla algunas temporadas, y concurría á la amenísima tertulia literaria del Duque de T'Serclaes: «Allí, entre otros, Gómez Imaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Chaves y los hoy difuntos Torre Salvador (*Microfílo*) y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada embebecidos, escuchando á aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el Maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe—¡que sabía, hay que decir ya!—, maná que sabía á mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano un punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el Maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba D. Luis Montoto á algún poeta de Sevilla, oscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para D. Marcelino: antes contaba de pe á pa su vida y milagros, y nos recitaba á la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del doctor Torres Villarroel, de su *Diálogo* con el ermitaño y de la piedra filosofal, y tomó ese hilo el Maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablándonos de alquimia. ¡Claro! ¡Como que él había favorecido al benemérito Luanco dándole á conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia en España*.

En una de aquellas temporadas, al salir una mañana de la Biblioteca Colombina, en donde yo le ayudaba á hacer unos cotejos, interroguéle si sería ó no de Barahona de Soto un verso italiano con que termina una de sus sátiras; me preguntó si lo recordaba, y se lo dije:

«*Ch'io son gia rauco e vo posarmi alquanto.*»

Y respondiíme sin vacilar: «Ese es el verso último del canto XIII ó XIV del *Orlando* de Ariosto.» Y era, en efecto, el verso último del XIV. Pues de esta manera siempre: el habla del Maestro fué, no sólo una gran biblioteca que siempre tenía á punto, registrado y abierto por la página deseada el libro que era necesario consultar, sino, además de esto, un comentario concluyente y definitivo de esa página.

Tanto como el sabio valía el hombre. ¿El hombre?... Digó mal: el niño, porque era infantil el candor de Menéndez y Pelayo. Dicen que la ciencia hincha, y suele ser verdad; pero en el Maestro padeció excepción este proverbio. Su trato fué llanísimo y por todo extremo agradable: quien una vez conversó con Menéndez y Pelayo quedó prendado de él para toda la vida.

De duelo estamos sus amigos y discípulos; de duelo está España, y de luto la cultura general, que tanto ha debido y debe á este portento de hombre, á este sabio modesto y bondadoso cuya muerte lloramos, y de quien puede compendiarse todo elogio en aquel verso que dice:

«Alma gigante y corazón de niño.»

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

En la muerte de Menéndez y Pelayo

¡El coloso cayó! Las Musas, antes
De sonrosada tez, tórnanse pálidas,
Y el túmulo glorioso las Bacantes
Acuden á adornar con sus pardálidas.

Las bácaris se mustian en las frentes
Brencíneas de los lúbricos Silenos,
Y las yedras de tirsos florecientes
Secas están como agostados henos.

Marchan en pos las atenienses ágoras;
Las Vírgenes tribútanle el encanto,
Y los sobrios alumnos de Pitágoras
Van á verter sobre el cadáver llanto.

La de Zenón incorruptible secta
Que, á la sombra del Pórtico educada,
Ante el placer y ante el quebranto afecta
Frialdad de mármol, rectitud de espada,

Manda tropel de rozagantes mozos
Que, vencidos por alto sentimiento,
Con el vago rumor de sus sollozos
Estremecen los ámbitos del viento.

Los númenes de Sófocles y Esquilo,
Que al hijo de Semele ditirambos
Lanzar solían, con tremante estilo
Inscriben graves y dolientes yambos.

Y los ingenuos héroes de Herodoto,

Las falanges que ordena Jenofonte,
Las gayas turbas que en el verde soto
Aplauden la canción de Anacreonte;

Las enemigas haces que, en la Iliada,
De Marte prenden la infecunda tea,
La Itacense Familia, eternizada
Al clásico compás de la Odisea;

Las cortesanas pródigas del Lacio,
Los vates condenados al exilio,
Las doctas greyes que apacienta Horacio,
Los campestres cortejos de Virgilio;

Los engreídos Cónsules de Roma,
Que asisten iracundos al sepelio
Porque aún su orgullo adulator no doma
La coyunda inmortal del Evangelio...

Al contemplar los rígidos despojos
Del Polígrafo insigne de Castilla,
Sienten turbios por lágrimas los ojos
Y doblan á su paso la rodilla.

Y el alma opresa por amargo tedio,
Y sobre el vacuo corazón la mano,
En balde improvisar un epicedio
Intentan digno del Titán hispano.

Y de esta muerte tan precoz que han visto,
Su llanto el duelo á mitigar no alcanza,
;Porque en sus pechos insensibles, Cristo
La antorcha no encendió de la Esperanza!

Y en el fulgor de la segur que esgrime
Contra el mortal la Parca inexorable,
Nuncio no ven de tránsito sublime,
Ni entienden voz que de vivir les hable.

Pero nosotros, hijos de la Santa

Iglesia Madre del sin par maestro,
Ni esclavos somos de tristicia tanta
Ni horóscopo dictamos tan siniestro.

Y nos dicen las puras oraciones
Que elevamos á Dios omnipotente,
Eterno manantial de perfecciones
Y de prodigios inexhausta fuente,

Que del coloso el ánima ha volado
A gozar del Señor los atributos,
Sin que pueda en su huerto el noto airado
Ajar las flores ni podrir los frutos.

¡Digno laurel del púgil que el aliento
Agotó batallando con firmeza,
Por alzar en España monumento
Perenne á la Verdad y á la Belleza;

Y del error las máximas confusas
Hundiendo para siempre en el abismo,
Regó las crenchas de las nueve Musas
Con las Sagradas Aguas del Bautismo!

ANTONIO DE ZAYAS.

LOPE DE VEGA Y MENENDEZ Y PELÁYO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Entre las grandes reedificaciones que debemos al esfuerzo ciclópeo de aquel hombre-legión, de aquel hombre de estirpe de símbolos, que fué él solo todo un Renacimiento que merece llevar su egregio nombre y abrir era en la Historia, ya que él solo revivió toda la vida mental de la raza, reconstituyendo en nosotros el concepto de la propia estimación y elevando nuestra conciencia actual á la altura de nuestro insuperable pasado; entre las varias titánicas reconstrucciones que debemos al maestro gloriosísimo, cuyo cerebro fué sede augusta de la intelectualidad española, ninguna acaso tan cara al sentimiento nacional como la reedificación asombrosa de nuestro inmortal teatro, expresión la más sintética, grandiosa y representativa del genio de nuestra estirpe.

Nadie ignora que el maestro Menéndez y Pelayo no escribió la historia completa de nuestra incomparable dramática nacional; nadie ignora tampoco que hizo mucho más por tal historia que si sistemática y continuadamente la hubiera escrito página tras página, uncido á la cronología y sin perdonar nombre de autor ni título de obra; hizo mucho más que eso: nos la reveló toda entera y nos reveló los medios de exhumarla del polvo y del olvido histórico; de hacerla sacudir el sueño secular y libertarla del agarrotamiento y momificación librésca, rompiendo sus ligaduras de momia y tornando á sus carnes apergamina-das el calor y la lozanía de humana carne, animada de

humanos alientos: el maestro hizo este milagro de resurrección.

Las comedias y tragicomedias, los autos y loas y entremeses sepultos en embrollados manuscritos, enmendados, apócrifas y enredadísimas ediciones, en pliegos de cordel, en librotos farragosos, las pedantescas *Poéticas* y los comentarios formidables, allá se estaban entre moho y abandono, desafiando á la pereza española á que se atreviese á extraer de entre su follaje muerto el jugo vital y á resucitar de sus páginas roídas de gusanos á los dramaturgos y preceptistas que crearon y adoctrinaron, ó combatieron, estimulándola con sus propias detracciones, á nuestra gloriosa dramaturgia española, arte tan grande, que fué la mayor de las manifestaciones literarias de la Edad Moderna; arte tan nuestro, tan pegado al alma étnica, que acaso en él más íntegramente que en el sagrado terruño reside nuestra nacionalidad augusta.

Semejante resurrección histórica era digna de los creadores alientos y del fervoroso españolismo de Menéndez y Pelayo; y él solo la realizó tan entera, tan asombrosamente, que agradecerle debemos que no encerrara los rondales de su saber y de sus inspiraciones en el firme y bien proporcionado dintorno de una historia austeramente clásica—inspirada tal vez en el severo criterio que asoma en el prólogo á sus *Obras completas*—, porque tal limitación hubiéranos privado de aquellas sus bizarras excursiones por los abiertos campos de la historia, de la leyenda, de la fantasía universal que avaloran sus prólogos á las obras de Lope, y hubieran estrechado los claros, infinitos horizontes que se dilatan á pérdida de vista, en derredor de aquellas páginas sublimes, á veces sin lindes y sin orillas, grandiosas, abismáticas, ilimitadas como el Océano; tal restricción hubiéranos desheredado de aquellos tesoros de noticias, de aquellos manantiales de ideas, de aquel nunca bastante estimado caudal de juicios comparativos que nos ponía en tan abierta comunicación con todas las artes y

las literaturas del mundo, como acontece en la *Historia de las ideas estéticas*; y hubiera sido gran dolor, porque justamente en aquella irrestañable efusión, en aquel torrencial derroche de su saber, de su pensar y de su sentir, era donde nos aparecía en toda su colosal magnitud la personalidad del maestro; y desde aquella cumbre de sus geniales transfiguraciones caían sobre nosotros, con mayor prestigio y con más eficaz virtud, sus reveladoras enseñanzas.

Así, con esa generosa prodigalidad de sí mismo, en cuatro estudios colosales, de cuyas páginas desborda á cada paso el torrente de su saber y el esplendor de su mente casi divina, realizó el maestro la historia íntegra de nuestra dramática nacional. Porque también cronológicamente la resucitó toda entera con su crítica vivificadora en sus cuatro siglos capitales, desde la *Celestina* hasta el advenimiento del romanticismo; es decir, desde las postrimerías del siglo xv hasta bien entrado el xix.

Pero no cabe aquí ni aun el rápido esquema de tan colosal reedificación; me limitaré á recordar una parte de ella, la portentosa reconstitución de la ingente obra de Lope.

Leyendo á Lope comentado por Menéndez y Pelayo, siéntese emoción semejante á la de ver el cielo reflejarse en el mar: son dos inmensidades que se afrontan y en sus ilimitadas lejanías se confunden en una sola unidad sublime. Predestinado á toda exaltación y apoteosis, aquel hombre, síntesis y prodigio que en vida mereció ser llamado «poeta de los cielos y la tierra», y bebió á raudales del vino enloquecedor de la gloria, tres siglos después de muerto logra historiador y panegirista digno de él. Porque, en verdad, que si el cauce en que se tiende el Océano ha de bastar á contenerle, para contener á todo un Lope se necesitaba todo un Menéndez y Pelayo.

El teatro de Lope es una de aquellas asombrosas síntesis de que sólo fueron capaces los *Proteos* del Renaci-

miento: como que Lope fué el heredero de todo el arte medieval y el fundador de toda la dramática nueva, y semejante esfuerzo pide ser consignado en frase de plástica energía, como la célebre de Víctor Hugo: «Aquel titán del arte puso el Panteón sobre el Partenón, é hizo á San Pedro de Roma.» Pero la obra de Lope no es suma de creaciones clásicas: es algo más audaz y auténtico, es algo como el alma romántica y bravía de España encerrada en la urna plateresca del Renacimiento; es la *lliada* nacional cantada por un Homero *quinientista*; más aún, como con alta conciencia de lo que fué y de lo que no fué Lope, dice el Sr. Menéndez: la mayor gloria del padre de nuestro teatro consistió en «haber reunido en sus obras todo un mundo poético, dándonos el trasunto más vario de la tragedia y de la comedia humanas; y si no el más intenso y profundo, el más *extenso*, animado y bizarro de que literatura alguna pueda gloriarse».

Asombra el soberano acierto crítico y la genial adivinación poética con que la inteligencia sublime de nuestro gran polígrafo, como raudal de luz viva, atraviesa la prestigiosa penumbra de ese mundo en formación, donde lo irreal y lo real coexisten en promiscuidad quimérica, donde conviven los dioses mitológicos, los paladines andantescos, las abstracciones y los símbolos, con los hombres de todos los países y de todas las generaciones, y apartando, como un dios, la luz de las tinieblas, la realidad de la invención, la historia de la fábula, ordena el caos, y sin despoetizar la virginal grandeza del recién creado cosmos, con pasmosa clarividencia le desmenuza, le analiza y le reconstruye mentalmente. Mas, así como en manos de críticos jayanes y proletarios, que sin respeto revuelven y trasiegan los ideales tesoros de los soberanos poetas, diríase que tales opulencias se simplifican, encogen y merman hasta la anulación, en manos del maestro de nuestra crítica las riquezas de Lope crecen, porque el maestro sabe de Lope y de sus obras más de lo que el mismo Lope supo

de ellas: que el poeta no está obligado á conocer la genealogía de los asuntos que trata—¡le basta con inmortalizarlos!—. El crítico y el historiador literario sí tienen esa misión; y cuando en el crítico se suman un gran polígrafo y un gran poeta de la estética como en nuestro Menéndez y Pelayo, las creaciones de la inspiración se completan y acrecen con las revelaciones del saber y con las especulaciones del juicio. Así, en el estudio de Menéndez y Pelayo, lejos de decrecer, se agranda Lope. Mas no sale de sus términos ni rebasa sus márgenes, porque Menéndez, que, tanto como á Lope, conocí á los otros dos excelsos dramáticos nuestros, sabe muy bien que nada hubo tan distinto como el genio, la obra, la misión y la personalidad de cada uno de los dioses mayores de nuestra escena clásica. Tanto, que el signo *más*, que en Lope significa *extensión*, caótico exceso de elementos, imperio de la acción y de la lírica sobre los caracteres, en Tirso significará *profundidad*, selección, dominio de la realidad sobre la fantasía, y de la psicología sobre la intriga; y en Calderón, predominio del idealismo convencional y de época sobre la universal verdad humana, de la intriga sobre los caracteres, y de la pompa culterana sobre la sinceridad de la expresión.

Limitados estos campos y sólidamente reconstruida y documentada la biografía de Lope -- cuyo desconocimiento extravió el criterio de los preceptistas—en las páginas del maestro, la crítica histórica y la crítica estética se han integrado. Conocedor como nadie el Sr. Menéndez de la psicología y aun de la fisiología de Lope de Vega, podía con lógica rigurosa deducir del árbol el fruto y del hombre la obra. Y en verdad que pocas personalidades de poetas alcanzaron á ser más grandes y tumultuosas y á verse más íntegramente en sus creaciones. Profundamente penetró el maestro de nuestra crítica en la psicología complicada de aquel magno Lope, melancólico é imaginativo, megalómano y neurótico, insaciable de triunfos y grandezas, soñando siempre blasones y laureles, amontonando

torres en su escudo y citas de filósofos y autoridades en las márgenes de sus libros; poniendo á sí y á sus *Dulcineas* «nombres altos, sonoros y significativos»; solicitando prólogos y sonetos de *duques, marqueses y obispos*; asustado de desagradar á los extranjeros y codicioso de agradar al *vulgo necio*; admirado hasta la idolatría y siempre ferido de punta de envidia y de celos; teniéndose á sí mismo por «único y solo en el ingenio y en las desdichas»; mereciendo que Alarcón le llamara

«envidioso universal
de los aplausos ajenos».

y Cervantes, «monstruo de la Naturaleza», y que de él dijese Tirso

«que niega el habla á su amigo
ca la vez que escrib3 bien».

Aquel «hombre de tantos fuegos» (1) y de tantas almas que vivió la vida de los andantes, de los poetas, de los soldados y de los místicos—¡todo el vivir de sus tiempos!—; que escribió poemas «sobre las aguas, entre las jarcias del galeón *San Juan*»; que sirvió excelencias, ciñó espada, vistió hábitos y corrió aventuras con ninfas de teatro y con daifas de Lavapiés; aquel hombre de alma de llama y de borrasca, desencadenado en lo erótico, arrebatado en lo místico hasta desmayarse celebrando misa; pronto siempre á escapar de la realidad por las puertas del ensueño, de la pasión ó de la fantasía, no pudo ser y no fué jamás sereno y desinteresado observador de la vida; por eso en su teatro lo fantástico, lo alegórico, lo andantesco, lo arcádico, lo heroico y lo novelesco son *lo más*, y lo real es *lo menos*; y esto en las comedias *de buenas costumbres*, envuelto en veladuras poéticas, y en las *de malas costumbres*, hundido en lodazales de vicio. Porque Lope, aunque por su abundantísima lectura y por su no menos rica expe-

(1) Así se llamó Lope á sí propio en una de sus cartas.

riencia personal érase doctor en vida humana, no nació para vivir en la serena realidad, ni para reproducirla con método y coherencia, ni menos para analizar despacio las leyes de los hechos y las almas de los hombres. Tuvo, sí —oportunamente lo va notando el comentador insigne—, el instinto y la presciencia de todos los aspectos y perfeccionamientos del arte, y todos los esbozó é inició en su teatro: el sentido de lo pintoresco y de la poesía realista revélase en sus escenas rústicas y villanescas; la intuición del color histórico y local y del espíritu étnico, en la patriarcal nobleza de su estilo bíblico, en el lujo oriental y militares bizarrías de sus cuadros árabes, en el prestigio de lo sobrenatural cristiano, en la abrupta grandeza de la epopeya medioeval; la penetrante observación de lo externo y de lo interno, en la transcripción de costumbres y en los felices ensayos de psicología femenina; pero Lope procedía por ráfagas, por llamaradas, por relámpagos: su genio tenía los ímpetus magníficos de las fuerzas ciegas de la Naturaleza; procedía, no con dinamismo calculado, sino por empujes brutales, como el huracán y como las olas; su misión era crearlo todo, y no se detenía á modelar individualidades sueltas; y si las modelaba, no se dignaba de concluir las; no era un cincelador de figuras, ni un mecánico de almas: no era retratista; era, como los grandes fresquistas italianos, pintor de multitudes; él sabía reproducir los contornos hercúleos, los escorzos miguelangelescos, las ondulaciones de marea de la muchedumbre; arrastró á la escena olas vivas de pueblo, como en *Fuenteovejuna*, y las hizo alentar con una misma vida y una misma conciencia irresponsable y anónima («todos á una»); él volcó en el teatro la historia de España y casi toda la historia del mundo, la muchedumbre de las generaciones y hasta las inventadas multitudes mitológicas, andantescas y simbólicas. Eso era Lope: un creador de la dramática, un poblador de la escena; su teatro era síntesis del arte arcaico y génesis del arte nuevo; no podía ser análisis, ni perfección,

ni equilibrio: él llevó toda la humanidad á la escena; tras él vendría otro que individualizase á toda aquella masa viviente. Y en esta segura conciencia de lo que fué y de lo que no pudo ser Lope inspirase su gran crítico desde la génesis misma de su labor ciclópea, la clasificación de aquella producción inabarcable, en la cual, si señala dos divisiones al teatro de costumbres (1), que Lope creó ó inició —como lo inició todo en el teatro español—, no cree necesario introducir subdivisión especial para las comedias *de carácter*, pues aunque algunas de las de costumbres de Lope puedan considerarse como de carácter, «el carácter—dice el maestro—está siempre subordinado á la intriga y al raudal de la dicción poética».

Decir que en el teatro de Lope la *extensión* excede á la intensidad y á la profundidad; que en él «el carácter está siempre subordinado á la intriga y al raudal de la dicción poética», y que «la manifestación épico-dramática es la más alta del genio de Lope», era definir desde el principio, en admirable síntesis crítica, cuanto es el genio y el teatro de Lope. El maestro estudia desde sus fuentes los asuntos que fueron objeto de la prodigiosa actividad del gran dramático; estudia al poeta desde que, niño aún, de doce años solos, escribió *El verdadero amante* y el *Garcilaso*, donde Menéndez descubre, con el estilo y las trazas de Juan de la Cueva, las cualidades geniales, características de Lope, que, como Hércules, domaba monstruos desde la cuna, hallándose «al salir de la escuela en posesión de la fórmula generadora de su teatro histórico, *la conversión de las rapsodias épicas en dramas*». Esta era el alma poética y la raíz generadora de la obra de Lope. En ella dominan el vuelo desatado de la fantasía, el ímpetu heroico de su espíritu romántico y todo español, y la torrencial corriente de su lírica oceánica.

(1) Comedias de *malas costumbres* (las rufianescas) y comedias «de costumbres urbanas y caballerescas», precursoras de las de *capa y espada*, de Calderón, y de las de carácter, de Tirso.

El curso impetuoso de la inspiración de Lope arranca no menos que de la propia creación del mundo; bordea el sagrado Oriente, reflejando escenas bíblicas, vidas ascéticas, leyendas semihagiográficas, historias semifabulosas; fluye entre nieblas de ensueño por las regiones de la clásica mitología; inténase y corre á rienda suelta por las rientes praderías de la *Arcadia* y por los prestigiosos dominios de la andante caballería; pero donde se explaya más grandiosa, donde hierve con más generosos bríos, donde canta con más levantados tonos, es en los tendidos, gloriosos campos de la épica nacional. Allí es donde Lope se revela entero; allí donde inagotablemente se prodiga, en aquellas «rapsodias épicas dramatizadas—habla Menéndez y Pelayo—, con cuyos hilos de oro fué tegiendo el poeta los anales heroicos de la patria común, llevando de frente toda la materia histórica, ó tenida por tal, desde el drama que enaltece la final resistencia de los cántabros contra Roma, hasta aquellos otros que conmemoran, á modo de gacetas, triunfos del día ó del momento, como el asalto de Maestricht ó la batalla de Fleurus».

Todo esto escribió Lope, y todo esto ha historiado, juzgado y comentado el maestro de nuestra crítica.

Asombra la suma de erudición que significa la obra inmensa de Lope, y su estudio y comentario realizados por Menéndez: los trece enormes tomos de la edición académica y los que aún restan sin publicar, rematados, como el sabio colector ofrece, por «el estudio sintético» en que ha de juzgar «la labor dramática de Lope de Vega en relación con el total desarrollo de nuestra literatura y con la historia general del teatro» (1), suponen una triple formidable bibliografía. Para calcular aproximativamente la suma de esa triple multitud de libros, empecemos por recordar que Lope era un insaciable bebedor de lectura; Lope lo leía todo: lo arcaico y lo reciente, lo bueno y lo

(1) Tomo II, Observaciones preliminares.

malo, lo genuino y lo apócrifo, lo sagrado y lo profano, el verso y la prosa, lo sublime y lo monstruoso, el infolio reverendo y la jácara matonesca, la relación de la última jornada militar ó del arribo de los galeones de Indias, la canción de ciego, el desalmado vejamen ó la descomulgada letrilla; diríase que se sorbió íntegra la materia histórica y aun la materia legible de sus tiempos, y toda la convirtió en substancia dramática. Lope lo leía todo, y Menéndez sabe, á tres siglos de distancia, cuanto Lope leía; y esto de suerte que puede indicarnos el volumen, la edición, hasta la página, de la crónica, del romancero, del cancionero, del ejemplario sacro, de la genealogía nobiliaria, del libro de caballerías, de la novela italiana ó española, del cronicón apócrifo, de la gesta veneranda, del olvidado poema, de la miscelánea farragosa, de la égloga primitiva, del informe auto, del misterio litúrgico, del centón, ó de la floresta de historias y apólogos orientales de donde Lope tomó cada una de sus farsas. Añádase á este mundo de lectura la inextricable selva de las ediciones genuinas, apócrifas ó *extravagantes* de Lope; toda la historia bibliográfica de las *quinientas* piezas conocidas del gran dramático, y todos los litigios, problemas y controversias con ellos relacionados.

Y sobre esas dos ingentes montañas de libros aún hay que asentar una tercera: la abrumadora bibliografía de la historia y de la crítica dramática, puesta á contribución por el magno polígrafo para realizar el estudio, el comentario y el juicio de la dramática de Lope. Todo ese caos ha ordenado el maestro de la erudición española, y con esos inmensos materiales ha erigido uno de los más excelentes monumentos de que puede gloriarse la crítica moderna; y esto con infalible acierto de juicio, con tal dominio de la materia inabarcable y en páginas de tan alta y avasalladora elocuencia, que compiten en belleza y en prestigio con las mismas eternas páginas de Lope.

Y esta labor titánica, que requería un hombre, un sabio

todo entero, y que hubiese quebrado los bríos á los más atléticos luchadores intelectuales, no es toda la obra; es— ¡pasma el considerarlo!—una sola de las gigantescas obras de este Atlante de las letras, del único escritor digno de eternizarse en la misma constelación gloriosa al lado del gran Lope, creador de nuestro Teatro.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÓREZ.

ACTOS AMERICANISTAS

En los primeros días del corriente mes se han celebrado dos importantísimos actos de carácter hispano-americano. El uno, que ya se anunciaba en el número anterior de esta publicación, tuvo efecto en Huelva: nos referimos á la Asamblea de Sociedades y Corporaciones americanistas, organizada por la Sociedad Colombina Onubense, meritisima entidad que preside nuestro distinguido amigo el catedrático y escritor D. José Marchena Colombo; el otro, ha sido el brillante Certamen científico-literario celebrado en el día 7 en Cádiz para conmemorar el Centenario de las Cortes y Sitios de aquella ciudad, promovido por la Real Academia Hispano-Americana de la capital gaditana.

Con motivo de ambas solemnidades, han tenido efecto diversos festejos en Huelva y Cádiz, con los cuales han sido galantemente obsequiadas las respetables personalidades que han concurrido á aquéllos.

LA ASAMBLEA DE HUELVA

La Asamblea de Sociedades y Corporaciones americanistas se celebró en el Instituto de Huelva, y no ha sido un acto aislado, sino continuación de la serie iniciada por el Congreso Hispano-Americano, celebrado en Madrid el año 1900, y mantenida, principalmente, por el Congreso de emigración de Santiago de Galicia de 1909, y el de Económicas de Madrid.

En dicho acto tuvieron la representación del Centro de Cultura Hispano-Americano D. Rafael María de Labra y el que estas líneas suscribe, como ya se dijo en el número anterior.

Los acuerdos más importantes, adoptados unánimemente por la Asamblea, fueron los siguientes:

Adherirse á la Asamblea de la Federación; recomendar al Comité ejecutivo que recabe de las Sociedades se constituya dicha entidad al tiempo de inaugurarse la Exposición Hispano-Americana de Sevilla de 1914, y se celebre con este motivo una sesión solemne en el convento de la Rábida; nombrar tres individuos de esta Asamblea que se unan al Comité de la Federación para ayudarle en sus tareas, y recabar el cumplimiento de estos acuerdos, así como reconocer la necesidad de cuidar de la pureza del idioma castellano y fomento de los estudios históricos.

Necesidad de concertar tratados literarios é industriales con las Repúblicas americanas, invitando á las Sociedades americanistas á la fundación de una Sociedad editorial española, á fin de conquistar el mercado americano para el libro español; que recomienden los Centros americanistas españoles la validez recíproca de títulos académicos entre España y los países americanos á sucesivas Asambleas. Difusión de estudios geográficos; creación de Sociedades americanistas por el Comité de la Federación.

Rogar á la Academia Española el estudio y preparación de un Diccionario general hispano-americano.

Extender en América la Federación Escolar.

Pensionar estudiantes españoles para que estudien en América.

Celebración de un Congreso escolar hispano-americano durante la Exposición de Sevilla de 1914.

El mantenimiento de la ley de Comunicaciones marítimas.

Excitar á navieros y comerciantes españoles para que se dispongan á obtener todo el beneficio que ofrece el co-

mercio con las Repúblicas americanas del Pacífico con la apertura del Canal de Panamá.

Creación en Huelva de una Sociedad para el fomento del turismo.

Edición y reparto gratuito por Europa y América de pequeñas guías ilustradas de las ciudades españolas.

Restauración completa de la Rábida y terminación del monumento á los descubridores de América.

Solicitar la realización del proyecto de muelles de costa del puerto de Huelva, y la solución del expediente del ferrocarril de Huelva á Ayamonte.

Las sesiones comenzaron con un discurso del senador Sr. Labra, quien habló de la representación histórica y los compromisos actuales de la Sociedad Colombina, á cuya propaganda, comenzada en 1880, se debe principalmente la restauración todavía incompleta del gloriosamente histórico monasterio de la Rábida y la realización de sus dos fines fundamentales: la exaltación de la personalidad de Colón y el de la determinación de los fines y las consecuencias del descubrimiento de América.

Del primero—dijo el Sr. Labra—se ha ocupado bastante la Colombina, que á tal fin celebra todos los años una fiesta conmemorativa el 3 de Agosto, en cuya fecha salieron de Palos en 1492 los descubridores españoles. El segundo ha sido tratado poco hasta ahora; pero á él dedica en estos momentos la Colombina una especialísima atención, determinada por el reciente movimiento de aproximación é intimidad hispano-americana.

Digna de que la anotemos muy especialmente fué la sesión celebrada por la Asamblea en el convento de la Rábida. En ella, á la importancia propia de los elementos concurrentes uni6se la unción evocadora que tan memorable lugar inspiraba. Desde la celda del Padre Marchena, del fraile inmortal que apadrinara á Colón en sus ensueños da nauta descubridor, y tras breves y sentidas palabras del Sr. Labra, á los gritos de «¡viva América y España!», se

puso á los presidentes de las Repúblicas de Cuba, Chile, Argentina, Méjico y Uruguay, el siguiente cablegrama: «Sociedad Colombina, desde Rábida, saluda. — *Labra, Marchena Colombo.*»

Fué, en suma, una Asamblea transcendental, en que, á más de la importancia de los asuntos en ella tratados, es deber del cronista anotar el culto y patriótico ambiente que el pueblo de Huelva mostró en todos los momentos de nuestra agradable estancia en él.

EL CERTAMEN DE CADIZ

Fué también un acto brillantísimo é importante el Certamen científico-literario verificado en el Gran Teatro de Cádiz el día 7 del corriente mes, debido á la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Letras de aquella capital.

Lo presidió D. Juan Reina, Presidente de la Academia y fué reina de la fiesta la señorita Piedad Iturbe, la preciosa y gentil muchacha hija de aquel ilustrado diplomático mejicano, de gratísimo recuerdo, que en vida representó á su país en España, y de la soberanamente bella malagueña Doña Trinidad Scholtz.

Piedad Iturbe, no obstante ser todavía una niña, engañana la alta sociedad madrileña como astro de primera magnitud. El grupo, compuesto por su encantadora y distinguida figura, y las diez bellísimas señoritas pertenecientes á lo más escogido de la buena sociedad gaditana que la rodeaban en calidad de damas de honor, debió constituir por sí solo un espectáculo inolvidable para todo el que tuvo la dicha de presenciarlo.

Después de breves y elocuentes palabras del Sr. Reina, y tras leerse por el Secretario la Memoria de la Academia, pronunció un discurso, frecuentemente interrumpido por

manifestaciones calurosísimas de entusiasmo, D. Rafael María de Labra.

Trasladar á estas páginas párrafos sueltos de su hermosa oración, encaminada á poner de relieve la labor que realiza la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz; el glorioso papel histórico desempeñado por la ciudad gaditana en los fastos de la vida político-social de España, y el principalísimo que ostentaron aquellos ilustres americanos, que tan activa y fructífera influencia ejercieron en las célebres Cortes de primeros del siglo anterior, sería estropear un trabajo que, probablemente, podrá ser leído íntegro en su día por los lectores de esta publicación.

Los trabajos premiados fueron los siguientes:

Tema 2.º (A).—Poesía á la América española.—Lema: «Atlántida.»—Autor, D. Servando Camúñez.

(B).—Poesía á España.—Lema: «Vencedor de Poro.»—Autor, el poeta americano D. Aurelio Martínez Mutis.

Tema 3.º—Presidentes americanos en las Cortes gaditanas.—Lema: «Madre.»—Autor, D. Rafael María de Labra y Martínez.

Tema 5.º—Estudio crítico, etc.—Lema: «La taza de plata.»—Autor, D. Manuel Quintero Atauri.

Tema 6.º—Lema: «No hay miedo á la agresión.»—Autor, D. Celestino Rey y Goly.

Tema 8.º—Lema: «Efemérides.»—Autor, D. Narciso de la Hoz.

Tema 12.—Lema: «El arte debe divulgarse.»—Autor, D. Manuel Montes Berbén.

Dos de los autores premiados, D. Manuel Quintero y Atauri y quien estas líneas firma, renunciaron á los premios en metálico que les correspondieron.

El éxito de la hermosísima sesión celebrada en el Gran Teatro de Cádiz ha sido verdaderamente extraordinario, dentro y fuera de aquella populosa ciudad. La Prensa ha dedicado al acto mucho espacio, prodigando la informa-

ción gráfica; y la resonancia del acto se ha extendido por otras fiestas académicas y de sociedad que la sirvieron de complemento, figurando entre las más salientes la recepción oficial del coronel de Artillería Sr. Moya como Académico de la Hispano-Americana, de Cádiz; el almuerzo y fiesta campestre con que la Academia obsequió espléndidamente á las señoras de Iturbe, el Sr. Labra y las principales representaciones del Concurso Hispano-Americano, en el hermoso Parque Genovés; el gran banquete con que la Sociedad Económica agasajó, en su propio local, á su Presidente de honor Sr. Labra, y el banquete de todo punto soberbio con que la Compañía Trasatlántica Española obsequió, en su vapor Alfonso XII, á la señora viuda de Iturbe, y, por mediación de ésta, á las autoridades y más altos representantes de la sociedad gaditana, y á los elementos salientes de la última fiesta organizada por la Academia Hispano-Americana. A este último banquete asistieron 250 comensales. La alegría de la fiesta del Parque, mantenida por tres bandas de música, con el apoyo de orquestas de barcos de guerra austriacos y franceses, rayó en lo indescriptible.

La Academia Hispano-Americana, de Cádiz, puede estar satisfecha de su labor.

Y con esto quedamos preparados para las fiestas solemnes oficiales de la conmemoración de las Cortes de Cádiz de 1812, que tendrán lugar en Octubre próximø.

RAFAEL MARÍA DE LABRA (hijo).

* * *

N. de la R.—Tanto en Cádiz como en Huelva, fueron objeto de grandes agasajos los americanistas que concurrieron á los actos referidos, en particular, nuestros queri-

dos amigos y representantes señores Labra, padre é hijo. Ambas poblaciones ratificaron con su hidalga cortesía la bien ganada fama de caballerosamente hospitalarias y cultas de que, con justicia, gozan.

Al hacerlo constar así, enviamos desde estas columnas el testimonio de nuestro agradecimiento y simpatía á los organizadores de la Asamblea y el Certamen.

Nada decimos acerca de la soberana elocuencia de que, como siempre, hizo gala tanto en Huelva como en Cádiz el Sr. Labra, porque si bien su hijo don Rafael, cuya es la información precedente, por consideraciones filiales lo omite, el público, que hasta en sus esferas más modestas conoce al gran luchador por la abolición de la esclavitud, se figurará acertadamente la altura á que en tal sentido rayaría quien hasta en los discursos parlamentarios ocasionados por simples alusiones personales derrocha su sabiduría y su cautivadora palabra.

INFORMACION

Por Menéndez y Pelayo

El fallecimiento del gran polígrafo ha determinado la celebración de varios actos dedicados á honrar su memoria, los cuales han tenido efecto durante la primera quincena del corriente mes, en su mayor parte.

Entre ellos puede considerarse como uno de los más importantes el verificado en la gran sala de lectura de la Biblioteca Nacional, que fué presidido por S. M. el rey, y al que concurrieron muchas de las personalidades más eminentes de las letras y la política.

La Prensa gráfica ha dado al público artísticas informaciones de este acto, y la diaria lo relató y comentó á su debido tiempo extensamente.

El Centro de Cultura Hispano-Americana, á su vez, tributó al maestro insigne el homenaje consiguiente, que en este mismo número va consignado y, en gran parte, transcrito.



Nombramiento

El culto Secretario general de la Casa de América, don Rafael Vehils, distinguido americanista, ha sido nombrado corresponsal literario de CULTURA HISPANO-AMERICANA en la capital de Cataluña.

Embajada

La Casa de América, de Barcelona, envía á las Repúblicas sudamericanas una Embajada de la que forman parte el diputado á Cortes señor marqués de Villanueva y Geltrú, D. Rafael Vehils y un secretario aún no designado, y la cual tiene por objeto fomentar los intereses españoles en América y llevar á cabo diferentes iniciativas que conviertan en hechos esos ideales de confraternidad hispano-americana por cuya realización trabajamos con fervor cuantos reconocemos su importancia y sentimos con vehemencia la misión civilizadora de la raza hispana de allende y aquende los mares.

He aquí el itinerario que la Embajada ha de seguir: Partirá de Barcelona, tocando en Cádiz, y de esta capital irá á la del Uruguay (Montevideo), Buenos Aires, Asunción, La Paz (Bolivia), Lima (Perú), Callao, Valparaíso y Santiago de Chile; y después de visitar estas tres últimas poblaciones de la República chilena, se dirigirá á Mendoza y Buenos Aires (Argentina) y Montevideo, para penetrar en el Brasil por tierra, recorriendo los Estados del Sur de esta República, y regresar á España.

Dada la calidad social y altas dotes intelectuales de los señores que forman la Embajada, es indudable que su labor ha de ser sumamente provechosa para la intimidad hispano-americana.

En este largo viaje, cuya misión esperamos que sea verdaderamente transcendental, lleva la representación del Centro de Cultura Hispano-Americana, y, por tanto, de esta publicación, D. Rafael Vehils.



Don Benjamín Barrios.

Un ilustre mejicano, el eminente jurisconsulto D. Benjamín Barrios, nos honra estos días con su visita.

El Sr. Barrios ha sido objeto de las distinciones que, por su alta mentalidad y su condición de americano, merecen todas las personas cultas que en Madrid sostienen relaciones de carácter intelectual y americanista con los hijos de Ultramar.

A su vez el Sr. Barrios, respondiendo galantemente á las atenciones que le han dispensado personalidades de gran relieve de esta capital, accedió á dar una conferencia, como suya notabilísima, en la Academia de Jurisprudencia, acerca de «La organización judicial en Inglaterra».

El Sr. Barrios, que pertenece á la Real Academia de Jurisprudencia Inglesa, honor de excepcional relieve que demuestra su gran saber en materias jurídicas, disertó con elocuente competencia de preceptos y costumbres de dicho carácter que predominan en Inglaterra.

Además, el conferenciante se mostró fervoroso amante de los ideales de la nacionalidad española, y ofreció recorrer toda la América latina para procurar la concurrencia, que espera será extraordinaria, al Congreso internacional de abogados que ha de celebrarse en Madrid el año próximo, en virtud del reciente acuerdo de la reunión de París.

El Sr. Barrios fué calurosamente aplaudido, y al terminar su elocuente discurso, el presidente de la Academia, señor Rodríguez San Pedro, encareció la importancia de los temas tratados por el conferenciante y el concurso de gran importancia científica que se dispone á prestar al foro español.

Entre la concurrencia al acto, que fué muy numerosa y selecta, estaban los señores ministro de Méjico, general Polavieja, Labra, Ugarte, marqués de Valdeterrazo, Montero Villegas, Mifsut, Victorio, De Francisco, Cabello y otros muchos.

Los señores Nervo y Barrios refirieron antecedentes acerca de los trabajos de la Academia mejicana correspondiente de la Real de Jurisprudencia española, presidida ac-

tualmente por el ilustre jurisconsulto D. Luis Méndez, y de que era recientemente secretario general el actual ministro de la Gobernación de dicha República.

*

El sucesor de Menéndez y Pelayo

El Centro de Cultura Hispano-Americana, que se honra contando como uno de sus más distinguidos miembros al insigne escritor D. Francisco Rodríguez Marín, tuvo el contento de ver que había sido designado para ocupar la vacante que en la dirección de la Biblioteca Nacional dejó por su fallecimiento el Sr. Menéndez y Pelayo.

La *Gaceta* publicó el día 10 del actual el siguiente decreto:

«En atención á los relevantes méritos literarios de don Francisco Rodríguez Marín, y con arreglo al art. 4.º del Real decreto de 18 de Noviembre de 1887; á propuesta del Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,

Vengo en nombrarle Jefe Superior del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, Director de la Biblioteca Nacional.

Dado en Palacio á 8 de Junio de 1912.—ALFONSO.—El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, *Santiago Alba.*»

Rodríguez Marín es, como todo el mundo culto sabe, una de las personalidades que más enaltecen á España con su gran sabiduría.

Menos conocido y admirado de lo que debiera, sin duda alguna, por efecto del género de trabajos á que toda su vida se dedicó, no deja de ser estimado, hasta por el público menos docto, como uno de los más altos prestigios de la España intelectual contemporánea. El cariño y la admiración que le profesaba el gran Menéndez y Pelayo, y la ansiedad y el anhelo que demostró gran parte del público por

ver su designación para el alto cargo á que ha sido nombrado, testimonian lo que decimos.

El próximo número de esta publicación estará dedicado á exponer trabajos referentes á tan ilustre y querido amigo, y entre ellos figurará uno, notabilísimo, del inmortal Menéndez y Pelayo.



Los representantes de la Casa de América, de Barcelona

La visita efectuada á Madrid por los señores D. Rafael Vehils, marqués de Villanueva y Geltrú y el doctor don Antonio B. Pont, secretario general y delegados, respectivamente, de la Casa de América, de Barcelona, ha revestido gran interés.

Aparte de las conferencias dadas por los Sr. Vehils y Pont durante su estancia en la Corte, de las cuales hacemos referencia en otro lugar, los distinguidos representantes de la Casa de América, de Barcelona, han realizado algunas gestiones previas que preparen la eficacia de los trabajos que han de efectuar en América de aquí á poco tiempo.

De dicha labor, así como de las elevadas aspiraciones patrióticas que motivan el viaje al nuevo Continente de los señores Vehils y marqués de Villanueva y Geltrú, dieron cuenta detenida á S. M. el rey D. Alfonso XIII, quien conversó en su regia estancia con estos señores durante más de una hora, acerca de los problemas hispano-americanos de mayor importancia, y, especialmente, de los propósitos que pretenden realizar los mencionados americanistas.

Altamente satisfechos salieron de la entrevista celebrada con Don Alfonso los Sres. Vehils, marqués de Villanueva y Geltrú y Pont, pues tuvieron ocasión de experimentar el gran interés que al Monarca inspira cuanto se

refiere á nuestras relaciones con las Repúblicas sudamericanas, países que ocupan un lugar preferente en los afectos de su corazón.

Por falta de espacio no damos cuenta en este número de las manifestaciones hechas por D. Rafael Vehils referentes á la reforma que propone conseguir respecto á los paquetes para América. Lo haremos en el próximo.



Conferencias

Nuestro querido compañero D. Niceto Oneca leyó en nuestro Centro de Cultura una interesante conferencia acerca de las «Bibliotecas y Archivos hispano-americanos» el 31 del mes de Mayo último, y cuyo contenido, que se publicará á su debido tiempo en este periódico, correspondió á los profundos conocimientos que en dicha materia posee tan notable bibliófilo.

El día 7 del corriente pronunció el Secretario general de la Casa de América, D. Rafael Vehils, muy querido amigo y compañero nuestro también, otra notable conferencia, en la cual desarrolló el tema «Glosas utilitaristas del ideal ibero-americano», que publicaremos en nuestro número de Agosto próximo.

También han dado en la Unión Ibero-Americana otras dos conferencias en el corriente mes los señores siguientes: Doctor D. Antonio B. Pont, delegado de la Casa de América, de Barcelona, y del Consejo Superior de Educación de la República Argentina, acerca de la «Orientación comercial hispano-americana», y D. Marcial B. de la Iglesia, sobre el tema «Consideraciones respecto al Arte».

• ROBERTO DE GALAIN.